

UNA EMERGENCIA: LA FILOSOFIA URGENTE

Federico Augusto Juárez

En estas breves líneas no quisiera sostener ninguna novedosa tesis, ninguna cegadora teoría, sino solamente poner a discusión algo que es atmosférico, algo que está en las aulas, en los departamentos, en nosotros: una presencia-ausente. En estas breves líneas quisiera solamente plantear una necesidad, por primaria que sea: la discusión, el debate, la revisión crítica de un pasado reciente. Y aquí viene lo ausente: la realidad. Mi deseo es solamente poner la realidad ahí delante y contemplarla (aquí radica toda la discusión, todo el problema) o lo que acordemos hacer con ella; si me permiten una metáfora un tanto machista: miremos con suavidad sus hermosas problemáticas, las armoniosas curvas por donde sube la injusticia y bajan las libertades o los salarios... Disculpen mi indiscreción: me la he imaginado desnuda (es que la deseo tanto, es que tanto me falta!). Ahora diré mi segundo deseo: que entre todos pongamos en funciones a la filosofía, en relaciones con la desnuda realidad.

Bueno, más allá de este juego no muy serio que les propongo, quiero decirles que voy a reflexionar sobre un ambiente, un estado de diálogo, una emergencia producida en el intercambio de opiniones entre algunos alumnos y algunos integrantes del "cuerpo docente" de la Carrera de Filosofía. Emergencia del debate, de la reflexión conjunta, de la necesidad de un cable a tierra a la cruda (que por desnuda, no tan clara como la luna) realidad, es decir con nuestra sociedad y nuestra historia. Por supuesto, que en ese ámbito de diálogo hay muy diferentes posiciones, pero voy a resaltar algunas tendencias relevantes que emergieron en ese espacio público:

- a) el compromiso social del intelectual
- b) la supervivencia del miedo (de pensar, hacer, transformar, etc.)
- c) el desfase de la práctica teórica con la realidad.
- d) la necesidad de una "filosofía urgente"

Los puntos nombrados no agotan la emergencia, pero la abren, la plantean. A mi juicio, lo valioso, en primera instancia, de esta pequeña enumeración es que cada posición a discutir transluce y reproduce, además de necesidades personales, proyectos irresueltos de nuestra historia reciente. Una historia que aún respira jadeante, un proceso todavía caliente, una historia que necesita ser reflexionada, clarificada por nosotros. Ustedes se preguntarán cuál es el motivo de plantear esto, aquí en el ámbito de un encuentro sobre Ciencias Sociales. Creo, que es insostenible cualquier postura teórica sin una previa revisión crítica de la realidad, de la propia historia (realidad e historia en que se inscriben y actúan las teorías), sino se corre el riesgo de encubrir más que de descubrir, es decir de hacer ideología y no ciencia. Es más, creo que es tarea fundamental de nuestras Ciencias Sociales hacer esta urgente y vital revisión: clarificar las contradicciones y conflictos de nuestra sociedad, de nuestra historia, para poder abrir perspectivas e introducir cambios.

En las conclusiones abiertas de aquella reunión se dibujan los síntomas de nuestra patología teórica: una disfuncionalidad (congénita o adquirida socio-históricamente) de la filosofía. Lo que por lo menos queda insinuado es que hay algo que no funciona. Se plantea claramente una urgencia: el cuestionamiento de la filosofía como contemplación (y por ende como ideología); es la necesidad de una filosofía transformadora que planteó Marx en su Tesis II sobre Feuerbach, es también la "filosofía positiva" que

reclamó Alberdi en sus Lecciones montevidéanas de filosofía. Es en suma, retomar una tradición que entre nosotros fue asumida y reelaborada en el "Manifiesto salteño" de 1974, que planteaba: "Queremos superar el falso problema de la "existencia" de una filosofía "en", "de", "para", etc., Latinoamérica. Postulamos, en cambio una filosófica entendiéndola como una práctica específica dentro de las prácticas conformadoras del todo social. No nos interesa, por lo tanto, el rol o la "imagen" del filósofo, sino la "función filosófica" exigida y exigible a todos y cada uno de los que integran ese todo social." (1)

En este punto quisiera retomar la historia. A fines de los '60 y principios de los '70 se debatió hasta el cansancio sobre la función del intelectual, y por ende de la filosofía: el compromiso social, ser la apoyatura teórica del cambio revolucionario fue la posición predominante. Hasta tal punto era el ambiente de efervescencia en que se vivía que la filosofía latinoamericana se autodenomina "filosofía de la liberación". No es mi intención reducir toda la producción filosófica latinoamericana a esta posición, ni abrir un juicio en este lugar sobre el amplio abanico de posturas que aparecen en esos años bajo el rótulo de "filosofía de la liberación".

Lo que me planteo, lo que me asombra, es que no hagamos un balance crítico de un momento en que la producción teórica fue tanta y tan rica, aunque más no sea a la problematización que planteaba, aún detrás de las máscaras ideologizantes y dogmatizantes. Es pues, necesaria una autorreflexión sobre aquella fogosa y apasionante práctica filosófica que se dió en nuestras Universidades hace quince años.

Alan Rusch, profesor de la Universidad de Tucumán, explica el surgimiento dentro de la Universidad de corrientes ideológicas revolucionarias como efecto estructural del progresivo acceso de la clase obrera y campesina a un protagonismo social y además, por la agudización de la crisis del país. Lo interesante que plantea Rusch es que a pesar de oponerse estas tendencias revolucionarias a la ideología oligárquico-conservadora, ellas mismas se tiñeron de ideología, entendida ésta como utopía, es decir que proyectaron sus sueños revolucionarios de una forma imaginaria y delirante, más allá de una superación racional de las contradicciones sociales. El mismo Rusch atribuye este delirio mesiánico-irracional a que "en una sociedad carente de estabilidad democrática, y cuya cultura universitaria no ha podido incorporar establemente y desarrollar las ciencias sociales contemporáneas, la ideología conservadora tiende a generar como reacción característica utopías revolucionarias tan ideológicas - o casi tan ideológicas- como ella". (2)

Estas son las razones de mi preocupación por una revisión crítica y esclarecedora del pasado, de ahí mi malestar por la falta de reflexión y autorreflexión. Creo que los efectos de la falta de crítica y autocritica de este nuestro pasado son muy peligrosos: desde el acriticismo abúlico hasta el resurgimiento de proyectos mesiánicos violentos, pasando por todo tipo de recaídas en el autoritarismo. Por eso compartimos la autorreflexión crítica que se propone el profesor Rusch, por eso vemos la necesidad de desarrollar la investigación en Ciencias Sociales, y de aplicar el instrumental de estas ciencias a la develación de las contradicciones en las prácticas y en los discursos sociales (sean "liberadores" o "dominadores"), transformando las utopías de liberación en "programas racionales de emancipación", susceptibles de una efectiva concreción democrática y no-violenta.

Si bien la efervescencia intelectual de los años '70 se ha disipado, la Dependencia (piedra de toque de los discursos comprometidos y liberadores) se ha profundizado hasta alcanzar límites que embargan nuestro futuro. Nuestro futuro, agraviado y agravado por un injusto indulto enmascarado detrás del fragmentado discurso amoroso de la reconciliación nacional. Por todo esto, creo que hay que dar una respuesta, que en nuestro

caso tiene que empezar cuestionando y reflexionando sobre la desfuncionalización de la filosofía. Es urgente una respuesta. Es urgente una "filosofía urgente". Pero para esto, creo que es necesario un estudio profundo y crítico de toda esta época -y estos filósofos- que se plantearon la función liberadora de la filosofía, que han intentado reelaborar latinoamericanamente una tradición universal; como escribió el filósofo peruano Francisco Miró Quesada: "en su mayor parte las grandes expresiones de la filosofía han sido de crítica social y se han planteado como claros proyectos de acción política". (3)

Para terminar mi intervención, voy a leer algunos posibles puntos de partida y tareas para ésta nuestra "filosofía urgente"; planteos que tienen origen en la producción teórica de pensadores que participaron de un modo crítico de la "filosofía de la liberación" y algunos de los cuales no pasaron de ser tesis programáticas que exigen nuestra reelaboración:

- La transformación/redefinición de la filosofía como "función filosófica", es decir como una práctica específica dentro de las prácticas que conforman el todo social.
- La especificidad de la "filosófica" como criticidad permanente. Criticidad aplicada en primer término a sí misma como práctica teórica, a las demás ciencias sociales y por último a las prácticas sociales como la política.
- La función filosófica como herramienta crítica y liberadora, a condición que se libere primero de su misma práctica privilegiada. Es fundamental, entonces el desentrañamiento de la función ideológica operante en el discurso filosófico (con este fin hay que estar dispuesto a recibir todos los aportes teóricos disponibles: lingüística, semiótica, psicoanálisis, crítica de las ideologías, filosofías de la ruptura y de la diferencia, etc.).
- La apertura necesaria a las ciencias sociales, con el fin de desabsolutizar el discurso filosófico y tematizar la realidad histórico-social nacional y latinoamericana, en el contexto mundial. Es decir, la filosofía como parte de las ciencias sociales.
- Una progresiva desprofesionalización de la filosofía, como una práctica que se articula con otras prácticas sociales y sobre todo se pone al servicio de una sociedad más libre.
- Analizar el fenómeno de la dependencia, aplicando todo el instrumental teórico disponible en las ciencias humanas y sociales, para evitar caer en planteos ambiguos que terminan siendo encubridores de los verdaderos resortes de la dependencia (por ejemplo, hablar de "la dependencia ontológica").
- La concreta búsqueda de Latinoamérica en la afirmación de su historicidad y su alteridad negada y oprimida, a partir de una tematización del "ser latinoamericano" como un producto histórico y social, susceptible de ser abordado por las ciencias sociales.
- La filosofía como "discurso abierto" o "saber de integración, que se abre a todas las realidades sociales y a todos los discursos sociales, sobre todo a los liberadores. Consideramos muy valiosa esta "ampliación metodológica", como así también la categoría de "situación". La primera por el enriquecimiento que implica para la práctica filosófica en su relación dialéctica con la realidad. La segunda, por ser una herramienta metodológica acertada para retomar críticamente la historia de la filosofía y explotar sus contenidos emancipatorios.
- El rescate de la utopía en sentido positivo, es decir como crítica social y como función reguladora.
- La búsqueda/construcción de un nuevo ámbito antropológico más libre y humano. Esto enmarcado en un humanismo del hombre concreto como único sujeto posible y en un rescate de la cotidianidad como único mundo posible en el cual el

- hombre puede realizarse.
- En suma, como plantea el filósofo mendocino Arturo Roig, la filosofía como pensar "auroral", abierto y orientado hacia los horizontes de liberación de nuestros países dependientes y de los hombres y mujeres que los habitan.

Citas

- (1) "Manifiesto Salteño", varios autores, en Filosofía de la liberación latinoamericana de Horacio Cerutti Guldberg, F.C.E., México, 1983.
- (2) Rusch, Alan. Autorreflexión crítica de la filosofía tucumana, en Ideas para una cultura popular, pp. 43-45, Catamarca, N° 2, primer cuatrimestre de 1988.
- (3) Miró Quesada, F. Función actual de la filosofía en América Latina, en Revista de Filosofía Latinoamericana, T. 1, N° 2, 1975, Ediciones Castañeda, Bs. As.